



Editorial

En busca de la propia Utopía

IPNUSAC

El 12 de agosto, en condiciones totalmente impensadas, se conmemoró el Día Internacional de la Juventud. En Guatemala la fecha habría pasado casi en total silencio, de no ser por el activismo de las y los jóvenes que desde sus organizaciones, con entusiasmo y creatividad se las ingeniaron, desde el confinamiento impuesto por la epidemia del COVID-19, para alentar la reflexión y las propuestas en torno a las condiciones de vida, estudio y trabajo, las aspiraciones, los derechos y las responsabilidades de las jóvenes generaciones.

Con total pertinencia, desde las organizaciones juveniles se puso nuevamente al desnudo la desacreditada idea de que “la juventud es el futuro”, porque en la dura realidad social de nuestro país a la mayoría de las y los jóvenes se les regatea, se les asfixia en el presente, negándoles de hecho un mañana distinto. Decir que el futuro pertenece a la juventud es un discurso vacío, cuando se pasa en silencio la dura realidad actual de la mayoría juvenil que puebla el país.

De acuerdo con los resultados del censo de población de 2018,

los habitantes en edades de entre 10 y 29 años sumaban poco más de seis millones personas; esto es, el 40 por ciento de quienes radicábamos en el país en aquel año. Realidad demográfica que se convierte en 63 por ciento si agregamos los 3.35 millones de quienes formaban la población infantil de hasta 9 años de edad. Tales son las cifras de lo que técnicamente suele describirse como “el bono demográfico”, que en teoría debería ser la oportunidad para construir un mañana mejor para la nación.

Pero no es así. Según documentos oficiales, al inicio de la segunda

década de este siglo, el 24 por ciento de la población joven – entre 13 y 29 años de edad– era analfabeta y el 14.52 por ciento vivía en condiciones de pobreza extrema, “sin acceso a los servicios básicos que presta el Estado y sin posibilidad de acceder a fuentes de ingresos que mejoren sus condiciones de vida”.¹

De acuerdo con la misma fuente, cerca de dos millones de niñas, niños y jóvenes entre los 10 y 19 años estaban fuera del sistema escolar, y quienes tenían la oportunidad de acudir a las aulas recibían una educación deficiente por su calidad: “en el nivel secundario, de los resultados de la evaluación de rendimiento, solo un 20 % de las y los jóvenes logran aprobar un examen estandarizado de lectura y 25 % en matemáticas. Esto tiene repercusiones posteriores en la competitividad laboral”.²

En efecto, citando resultados de la Encuesta Nacional de Juventud, de 2011, una investigación del Centro de Estudios de Guatemala hace notar que si bien el 55.4 por ciento de la población de entre 15

y 19 años se había incorporado al mercado de trabajo,

el tiempo que puede demorar un/una joven en encontrar empleo puede durar hasta 6 meses. Igualmente, es relevante determinar que 2,068,180 jóvenes se encontraban inactivos laboralmente, al momento de responder a la encuesta, lo cual representa al 49.4%. En otras palabras, por cada 10 jóvenes guatemaltecos en 2011, 4 estaban trabajando y 1 estaba buscando trabajo, pero 5 estaban inactivos laboralmente hablando.³

Ésta muy breve referencia a las condiciones de la mayoría de la población joven en dos ámbitos críticos –educación y trabajo– es suficientemente ilustrativa y podría extenderse a otras áreas de la vida de la juventud: salud, recreación, seguridad, sexualidad, desarrollo espiritual, expresión artística, cultural y deportiva. En todas ellas el panorama dominante es el mismo abandono, la desatención por parte del Estado y de una sociedad dominada por

1. Consejo Nacional de la Juventud (2012) Política nacional de juventud 2012-2020. Guatemala: Conjuve. Pág. 22.

2. Ibídem, páginas 23-24.

3. Centro de Estudios de Guatemala (2018) Estudio Juventudes en Centroamérica. Situación y desafíos. Guatemala: CEG. Pág.30.

el paradigma del lucro a cualquier costo, individualista en extremo, expoliador de los seres humanos y depredador del medio ambiente.

Tal es la realidad nacional, que si bien tiene a la mayoría de la juventud en condición de víctima de la desigualdad, la discriminación y la injusticia, también hace a esas mayorías juveniles potenciales como necesarios agentes del cambio que el país necesita. En otras palabras, esa realidad del país necesita ser transformada y tal transformación requiere, esencialmente, de la acción juvenil.

En esta última afirmación no hay ninguna novedad, porque a lo largo de la historia nacional—como en la historia universal— transformación, cambio, revolución, progreso y juventud son componentes de una misma ecuación. En todos los hitos de la historia de Guatemala siempre está el registro del verbo y la acción de las generaciones jóvenes, a las cuales se plateó tareas propias del momento que les tocó vivir.

A las generaciones actuales se plantean desafíos distintos a

aquellos que debimos afrontar quienes llevamos un camino, inevitablemente, más dilatado en el tiempo. No son retos menores o mayores, son los retos que les tocaron, los del mundo contemporáneo. Desafíos de los cuales debe cobrar conciencia la propia juventud a través de sus modalidades actuales de organización y acción. Se equivoca quien pretenda decir a las o los jóvenes qué hacer y cómo hacerlo: es ley de la dinámica histórica que cada época plantea soluciones apropiadas a su propio tiempo, y cada generación busca su propia Utopía.

Desde esa perspectiva, la tarea de las generaciones mayores es alentar a la juventud a desarrollar su propia experiencia y sus propias respuestas a preguntas que, en gran parte, son anteriores a todos nosotros. Reconocer que no hay respuestas definitivas ni preguntas inamovibles. Unas y otras requieren del diálogo intergeneracional. A ese propósito se abre esta revista universitaria, donde hay un lugar privilegiado para la juventud.